

PERIÓDICO DE LA INFANCIA,

DIRIGIDO

por Don César de Eguílaz y Bengoechea,

SECRETARIO DE LA ESCUELA NORMAL CENTRAL DEL REINO.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con vergonzoso dolor, sino con profundo sentimiento, ven todos los amantes del país y de nuestras glorias literarias, la plaga de extrangerismos que se va poco á poco infiltrando en nuestro hermoso idioma castellano. Llevados algunos de nuestros escritores contemporáneos por esa corriente epidémica de imitar, sino mal traducir obras de allende los Pirineos, desatienden el como insensiblemente va desapareciendo aquel grave, magestuoso y característico sello del habla de nuestros mayores. Su estructura armoniosa, su elegante frase, sus más castizas voces, su propiedad y hasta sus peculiares galas... todo, todo, se va feamente tinturando de neologismos ilegítimos é infundados y lo que es más; hasta ridículos. No hablamos ya, con mengua nuestra, el habla que autorizaron nuestros grandes hablistas y maestros. Con objeto pues, sino de corregir al menos de contener esa fatal irrupción que destroza nuestra lengua, rebaja las prendas de nuestros ingenios y amengua nuestras glorias, vamos á insertar en nuestro periódico las biografías, juicios críticos, trozos y modelos de los principales escritores castellanos, honor y prez de los tiempos en que el nombre español resonaba en ambos mundos glorioso y potente.

Lean y trabajen en buen hora los ya avezados á la corriente, libros ó traducciones extranjeras: imiten su amanerado decir y su pensar de superficie; pero que la infancia y juventud á quienes consagramos nuestras humildes tareas, saboreen al ménos el tesoro que nos legaron nuestros eminentes escritores. Que estudien ó reciten siquiera los bellísimos trozos y acabados modelos que pensamos transcribir en muestra de que para nada, en literatura, necesitamos recurrir á los extranjeros. Que

comparen reflexivamente unas y otras fuentes, uno y otro minero, y que aparezca una generación más orgullosa por nuestras glorias, que repare la injusticia con que abandonamos nuestra literatura nacional por buscar una soñada originalidad en literaturas opuestas á nuestros hábitos, costumbres y sentimientos. Beban, pues, los jóvenes en libros españoles, hablen el lenguaje característico español y serán más que la generación presente verdaderamente amantes y dignos del nombre de españoles.

CARTAS A LOS NIÑOS

SOBRE EL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO.

CARTA DIEZ.

NACIMIENTO DE MOISÉS. — DIOS LE ESCOGE PARA SALVAR Á SU PUEBLO.

José había muerto hacia mucho tiempo, mis queridos niños; sus hijos y los de sus hermanos habían tenido un crecido número de descendientes y estos á su vez tuvieron también otros muchos; de modo que llegaron á componer un pueblo numeroso capaz de hacerse temer de los Egipcios. Existía entonces en Egipto un Rey muy malvado que se llamaba también Faraon y que olvidando todo el bien que José había hecho, aborrecía á los Israelitas: se llamaban así á los descendientes de Jacob porque éste se llamó también Israel. Temiendo el Rey que los Israelitas se hicieran muy poderosos, trató de destruirlos poco á poco, ocupándoles en los trabajos más rudos y

difíciles, y había elegido para gobernarlos Intendentes duros y crueles. Pero cuanto más maltratados eran los Israelitas, más aumentaba su número, porque estaban protegidos por Dios. Entonces, el perverso Rey, ordenó que se arrojaran al caudaloso río Nilo todos los niños que nacieran de los Israelitas. Se ejecutó sin piedad esta orden bárbara con lo cual el Rey esperaba conseguir su destrucción muy pronto; pero ya vereis como Dios trastornó sus malvados designios y libró á su pueblo de la servidumbre de los Egipcios. Una mujer israelita, llamada Jocabed, tuvo un hijo muy hermoso al que escondió á fin de salvarle de la muerte: mas al cabo de tres meses, no pudiendo ya tenerle oculto, tomó un cesto de junco que cubrió por fuera con betun y con pez, para que el agua no penetrase en él y puso dentro á su hijo; después colocó el cesto entre unas cañas á la orilla del río Nilo, y mandó á su hija María que no se alejase de allí, con el objeto de saber lo que ocurriese.

Aquella pobre mujer no sabiendo que hacer para salvar á su hijo, le puso bajo la salvaguardia del Señor, esperando que le protegería y no se engañó.

Dios hizo que la hija del Rey fuese aquel día al río para bañarse y entonces vió el pequeño cesto que excitó su curiosidad, y, deseando saber lo que aquello era, envió una de las mujeres que la acompañaban para que se le tragese. Tan pronto como fué cumplida su orden, abrió el cesto y contemplando al pobrecito niño que lloraba tuvo piedad de él y dijo en seguida: este es sin duda uno de los niños que están condenados á morir. Entonces la joven María, hermana del niño, se acercó y preguntó á la princesa: ¿quereis que vaya á buscar una mujer israelita para que alimente á esa inocente criatura? A lo que respondió la princesa; sí, lo deseo. María se retiró, pues, muy contenta y fué á buscar á su madre. Juzgad, niños queridos, de la alegría de esta desgraciada madre al recibir tan venturosa noticia y de lo pronto que se presentaría á la princesa. Esta la dijo al momento: tomad este niño y criádmelo, que yo os recompensaré. Aquella se lo llevó, llena de gozo y lo crió, como os podeis figurar, con

el mayor esmero y cariño. Después, cuando ya no necesitó de sus cuidados, lo devolvió á la hija de Faraon que le adoptó por hijo y le puso por nombre Moisés, lo que queria decir que le habia salvado de las aguas. Moisés fué, pues, educado en el palacio mismo de Faraon; le enseñaron todas las ciencias y llegó á hacerse inteligente y sábio. Cuando cumplió la edad de cuarenta años dejó el palacio del Rey, porque preferia estar al lado de sus hermanos los Israelitas que eran siempre desgraciados, á vivir rico y poderoso con sus enemigos. Perseguido por el malvado Faraon que queria matarle, huyó al país de los madianitas. Más tarde Dios le llamó á Egipto para salvar á su pueblo, que era muy desgraciado bajo el gobierno del perverso rey Faraon, y para conducirlo á un hermoso país que el Señor dió á los Israelitas.

En mi carta próxima os hablaré, niños queridos, de las plagas con que Moisés castigó á Faraon y su pueblo, castigos que fueron llamados las diez plagas de Egipto.

(Se continuará.)

ROMANCE.

Contemplando la corriente
de un arroyo cristalino,
en su orilla recostado
el tiempo pasaba un niño,
y algo triste en la apariencia,
decia al limpio arroyito:—
¿adónde siempre caminas,
dime cuál es tu destino,
dónde páras tu carrera,
en dónde quedas tranquilo;
dime tambien dónde naces
y por qué te adornan lirios,
y rosales y otras flores,
qué en tu ribera yo miro?
Y el arroyo susurrando,
su curso siguió tranquilo,
y sus ondas coquetonas
no contestaron al niño;
mas un anciano que estaba
muy próximo de aquel sitio,
del imberbe la pregunta,

en seguida satisizo.
Aqueste arroyuelo nace
en aquel monte vecino,
en una preciosa fuente
que de la pureza es simbolo,
y corre cual la inocencia
su venturoso camino,
que como ves está lleno
de azucenas y de lirios,
y prosigue hasta el Océano
á reposar con los siglos;
pero tambien hay arroyos
que asi cual éste han nacido,
en pura y en rauda fuente,
y despues mal dirigidos
sus limpias aguas corriendo
por entre apartados sitios,
tan tristes como la noche,
sin flores en su camino,
van á perderse en el fango,
de algun ignorado rio.
Y puros como arroyuelos
naceis vosotros los niños,
y el que adora la virtud,
flores halla en su camino;
pero aquel que sin ventura,
desoye el prudente aviso
y pisa el áspero suelo,
y el lodazal de los vicios,
víctima de sus pecados
jamás vivirá tranquilo,
y ha de perderse en el mundo,
entre el desprecio y olvido.

MANUEL GONZALEZ GUEVARA.

LEYENDAS MORALES,

escritas para los niños

por

DON JOSÉ MARIA PONTES.

CONTRASTES DE LA EDUCACION.

Abrumado D. Simon por una crítica que no podía soportar y por la amarga indiferencia que todos ó casi todos le manifestaban, pensó en trasladar su domicilio; pero no hizo más que un viaje de pocos dias á la ciudad vecina, donde concertó el enlace con una joven huérfana, educada en la práctica de la virtud, primero por sus padres, y después por una tía suya.

A los seis meses se verificó el matrimonio pro-

yectado, y apenas eran trascurridos seis dias, cuando la inesperada huérfana tuvo que arrepentirse del casamiento con un hombre á quien no conocia, y que, por otra parte, era incapaz de comprenderle. Pero se resignó y esperó confiada en la misericordia de Dios.

Tuvo una hija,—la misma de quien Ana dijo al conductor de las cartas que se entristecía al recuerdo de su madre—y desde entonces la situación de la pobre joven cambió cuanto era dable para un alma sensible y en extremo delicada. Ya tenia á quien adorar en la tierra. Su espíritu se replegó hácia aquella tierna criatura con ese afán indecible, con ese amor inmenso y puro de que sólo es capaz una buena madre. ¡Oh! ¡una buena madre! ¿Sabeis mis tiernos lectores, lo que es una buena madre? Una buena madre es el ser cuyas privaciones y penalidades se truecan en la más intensa alegría á la vista de la angelical sonrisa de su pequeñuelo; es el ser que desde los primeros instantes de nuestra existencia nos consagra la suya con ese desinteresado amor y esa abnegación sin límites que sólo en ella se encuentra; es, en fin, el ser que en la plenitud de sus deberes maternales realiza el tipo más perfecto de la belleza humana.

La primera esposa de D. Simon, además de buena madre, era mártir de sus deberes de esposa que cumplia con religiosa exactitud. Mártir, si, porque apenas el santo yugo habia para siempre unido su existencia á la de aquel miserable, cuando éste manifestó sin reserva sus muchos defectos y depravadas inclinaciones diametralmente opuestas á las eminentemente virtuosas de la desventurada huérfana.

Más de una vez intentó afrontar una explicación decisiva, pero inútilmente porque su marido no oponia otras razones que un brutal tratamiento.

En su desgracia, pensó en volver la vista á la que, después de sus padres, habia fortalecido su espíritu con la doctrina y el ejemplo; pero no considerándose ya con derecho á ninguno otro sacrificio, imploró de nuevo la gracia divina y esperó llena de santa resignación.

Por último, fué madre y en el mismo instante olvidó las pasadas desgracias ante la ventura presente que Dios le enviaba para consuelo de sus amargas penas.

CAPITULO VII.

UNA LECCION Á LA VISTA DEL MAR.

Ya es tiempo de que volvamos al lado del respetable padre Ambrosio y de su discípulo Adolfo, de quienes la necesidad de explicar ciertos hechos, nos ha separado más de lo que nuestros lectores acaso desearan; pero en lo sucesivo de ellos nos ocuparemos casi exclusivamente con la complacencia que se experimenta al referir acontecimientos cuya sencillez y virtud dejan satisfecha el alma y sin peso el corazón.

Han trascurrido algunos dias desde que Ceferino hirió al aplicado Adolfo: del en que nos encontramos, es ya media tarde.

Un venerable anciano y un hermoso niño salen de una casita blanca, por cuyas paredes trepan espesas enredaderas.

Dan la vuelta al caserío hasta encontrar un estrecho sendero que conduce á la próxima colina.

Cuando los vecinos veían pasar á este anciano y á este niño;

—Buenas tardes, padre Ambrosio, decían con el mayor respeto.

Y el padre Ambrosio contestaba á todos con aquella dulzura que tantas consideraciones le había granjeado.

El niño por su parte se sentía orgulloso por las respetuosas deferencias de que era objeto su maestro.

Junto á una puerta había otro niño tan robusto y alegre, que al verle saltar riendo en las faldas de su madre, Adolfo no pudo contenerse y le acarició repetidas veces.

La madre agradecida y satisfecha pagó aquella muestra de cariño con dos ó tres besos y un «Dios te bendiga, hermoso» que dijo al retirarse Adolfo.

—Bien, hijo mío;—exclamó el venerable sacerdote.—¿Has notado la alegría de aquella buena mujer cuando besaste á su hijo?

—Como me vine corriendo no he visto nada—respondió candorosamente el niño.

—Pues sí, Adolfo; esa buena mujer se ha alegrado mucho de tus caricias, porque las madres esperimientan con esto un gran placer.... Algo más allá has podido llevar tus demostraciones.

Adolfo miró fijamente al padre Ambrosio.

—¿No adivinas?

—No, señor.... no sé....

—¿No te ha dado Ana higos y galletas?

—¡Ah!... sí, señor.

—¿Y ahora comprendes?

—¿Quiere Vd. que vuelva?

—No, ya no es oportuno y sobre todo no sería en ti una acción espontánea el ofrecimiento de esa fruta; pero tengo entendido porque esas cosas se agradecen mucho, especialmente por las personas pobres y honradas.

El padre Ambrosio acentuó estas dos últimas palabras, á la vez que escudriñaba el semblante de su digno discípulo.

—¿Esa mujer es pobre?—preguntó Adolfo con interés.

—No tiene más que lo que produce el escaso jornal de su marido.

—¿Pues cómo está tan gordito el niño?

—Porque no le falta nada de lo que á su edad necesita y es objeto de los más tiernos cuidados. El padre no invierte su reducido salario en la taberna como hacen otros, y la madre cuida esmeradamente de su casita que la tiene siempre muy aseada. Ambos son económicos; de modo que los ingresos, con ser tan pocos, satisfacen las cortas necesidades de una familia que no piensa más que en el trabajo que les proporciona lo necesario para vivir.

—Les querrán mucho los del caserío.

—Mucho, Adolfo, mucho. Como la honradez se abre paso aún entre los malvados y al que trabaja Dios le ayuda, no falta nunca á ese jornalero donde emplear el tiempo. Los vecinos acomodados le bus-

can con preferencia á los demás, el médico le asiste de balde; yo... yo le doy consejos.

El padre Ambrosio y su discípulo Adolfo llegaron en este momento á la cima de la colina.

El virtuoso anciano se sentó en una peña; Adolfo permaneció de pie á su lado.

—¿Qué ves allí enfrente?—preguntó el padre señalando con la mano.

El niño fijó la mirada en un inmenso plano que se ofrecía á su vista.

—Parece un espejo muy grande.

El anciano sonrió.

—Mira bien desde donde termina la tierra.

—No veo más que el espejo brillante algunas veces como los pedazos de vidrio cuando les da el sol.

—Eso que te parece un espejo tan grande es el mar, Adolfo mío.

—¿Qué hermoso es!—dijo el niño cuyo rostro tomó una expresión marcada de asombro.

Su buen maestro dejóle contemplar admirado el Océano, mientras él desdoblaba un mapa-mundi.

(Se continuará.)

ESTUDIOS FÍSICOS.

POR EL DOCTOR D. MARIANO REMENTERIA.

GLOBOS AEROSTÁTICOS.

Llámanse globos aerostáticos á unos aparatos de forma esférica huecos y formados por cualquier cubierta de tela, papel, tafetan, ect., con el auxilio de los cuales se puede elevar en la atmósfera pesos más ó menos considerables.

Desde la más remota antigüedad la curiosidad humana había intentado aunque en vano, explorar las regiones del aire, así como el interior de la tierra y de los mares con más feliz éxito. Así es que en tiempo de *Archytas*, según refiere *Aulo-Gelio*, se inventó una especie de paloma de colosales dimensiones llena de un aire más ligero que el ordinario, la cual se remontaba por la atmósfera.

En el año de 1292 Roger Bacon ideó otra máquina con la que se proponía atenuar el peso del cuerpo humano; aumentando la superficie, á fin de poderle dar la figura y movimientos del vuelo de las aves.

El P. Lana en 1670 se propuso la construcción de un navio aéreo sostenido por cuatro grandes globos de cobre purgados de aire para darles ligereza. Y algunos años después el Padre

Galien publicó en Aviñon una obra titulada: *Arie de navegar por los aires*; en cuyo trabajo proponíase la construcción de un gran globo lleno de aire enrarecido ó dilatado como el de las regiones más elevadas de la atmósfera, para que fuese más ligero.

Finalmente, Cavendish en 1766 y Cavello más tarde, intentaron algunos ensayos con vejigas llenas de hidrógeno. Experimentos que algunos físicos alemanes, como Peckel y Lichtenber repitieron en sus laboratorios en pequeña escala, sin que pudieran obtener consecuencias de grande importancia para las ciencias, ni utilidad para la industria.

Estaba reservado á José de Montgolfier realizar un gran problema y llamar la atención de Europa hácia su curioso invento, resaltando las claras dotes de su ingenio. La casualidad hizo, que arrojando en una chimenea encendida varios papeles, algunos de ellos ahuecados, en vez de quemarse se remontáran por el cañon de la chimenea arrastrados por la corriente de aire caliente. Repetida la experiencia diferentes veces con el mismo éxito, se despertó en su imaginación la idea de hacer un gran globo y calentar el aire del interior; lo cual efectuó en 1781 en Aviñon en presencia de una multitud de gentes atraídas por la curiosidad de un tan sorprendente como original espectáculo.

Hízose en breve tiempo semejante ensayo el objeto de todas las conversaciones públicas; y Montgolfier fué llamado á París, donde con el más feliz éxito hizo un globo de noventa y cinco piés de diámetro y de una fuerza ascensional de ochocientas treinta libras, que se elevó pausadamente en medio de una multitud inmensa y fué á caer á más de una legua de distancia.

Sin embargo, el primer espectáculo de una ascension aérea no tuvo lugar hasta el mes de Octubre del año de 1783. Dos intrépidos aeronautas, á saber; Pilatre de Rozier y su amigo el marqués de Arlanda se atrevieron á lanzarse con tan peligroso aparato á merced del aire en un globo de forma ovalada, de setenta y cuatro piés de altura por cuarenta y ocho de ancho, y más de mil seiscientas libras de fuerza ascensional;

pero en este primer ensayo no hicieron sino una simple ascension y hasta el inmediato año (21 de Noviembre de 1784) no efectuaron un verdadero viaje; entregándose á merced de las corrientes de aire, que les condujeron desde el castillo de la Muette en el bosque de Bolonia á dos leguas de París: habiendo atravesado por encima de la población.

Indescriptible fué la admiración y hasta el respeto que escitaron estos viajeros, que durante la travesía habian efectivamente dado pruebas de valor y serenidad. El globo llevaba para alimentar la combustion una especie de brasero en forma de galeria, y la llama, dilatándose con el enrarecimiento del aire en las capas más elevadas de la atmósfera, empezó á prender los bordes del globo. Pilatre tuvo la presencia de ánimo suficiente para aplicar con prontitud esponjas mojadas, que contuvieron aquella vez el desgraciado éxito que más tarde tuvieron sus atrevidas experiencias.

Los peligros de las ascensiones en *mongolfieras*, que así se llaman á los globos de aire comun enrarecido ó dilatado por un foco de calor; fueron la causa principal de que se abandonasen como medio de navegación aérea por lo espuesto que era no sólo á un incendio del aparato, sino á comunicar el fuego á las poblaciones, mieses ó bosques por donde pasase el aeróstata. Determinacion tanto más adoptable, cuanto que un químico llamado *Charles* habia propuesto las ventajas y superioridad, que para el efecto ofrecia el *gas hidrógeno*, por ser cerca de quince veces más ligero que el aire y ser un fluido de muy fácil obtenimiento y hasta económico como principio constitutivo del agua. La ventaja es todavía mayor, porque, en el sistema de Montgolfier, era preciso calentar el interior del globo á cien grados para elevarle á 500 toesas; y con el hidrógeno no habia necesidad de temperatura alguna ni aun de llenar sino la mitad del globo, porque á medida que el aire de una region es más tenue, tambien este gas se dilata y equilibra en fuerza elástica á la de la capa atmosférica que atraiesa.

Como consecuencia de estas consideraciones, *Charles* encerraba el gas hidrógeno en

NOTICIAS CURIOSAS.

La orden, y caballería de San Juan, se instituyó en el año de 1145.

En el año de 1158 se instituyó la orden de Calatrava. En el de 1175 la de Santiago. En el de 1176 la de Alcántara. La de San Jorge de Alsama se fundó en el año de 1201, y la de Montesa en el de 1319.

La tercera orden de San Francisco se fundó en el año de 1221.

En el de 1240 se trasladó la Universidad de Salamanca á aquella ciudad desde la de Palencia, en donde se hallaba.

En el año de 1328 se estableció el primer condado en Castilla, esto es, el de Trastámara, Lemus y Sarria.

En 1330 tuvieron principio las cofradías.

Primer marquesado en España el de Villena, año de 1336.

Primer ducado en Castilla el de Benavente, y despues en el año de 1379 fué condado.

En 1369, reinando D. Juan el I, se unió á la corona de Castilla el señorío de Vizcaya, y así, este Rey fué el primero á quien se juró por los Cantabros debajo del árbol de Guernica en el año de 1371.

(Se continuará.)

ESCUELA DE LA REAL CASA.

Niños que más se han distinguido en la escuela de la Real Casa.

D. Agustín Peñuela.
Bonifacio Moreno.
Joaquín Cominges.
José Goñi.
Ignacio Remolar.
Antonio Anastasio.
Adolfo Castaño.
José Rey.
Enrique Cuadra.
Ricardo Pintado.
Andrés Ruvira.
José Huerta.
Federico Bravo.
José Panés.
Cárlos Perez,
Manuel Díez.

COLEGIO DE 1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA
DE SAN ANTONIO.

CALLE DE LA PUEBLA, NÚM. 19.

D. César Iglesias.
Baldomero Sanchez.
Pedro Vigil.
Moisés Calatrava.
Gerardo Lopez.
Alejandro Lopez.
Eduardo Arrojo.
Cárlos Gonzalez.

COLEGIO DE 1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA
DE SAN IGNACIO,

CALLE DE LEGANITOS, NÚMERO 4.

Clases generales.	Nombres de los alumnos.
Primer año de latin.	D. Miguel Gurrea. Alberto Fernandez. Federico Cauce José Maria Regal. José Castro. Serafin Ripoll.
Gramática, Ortografía y análisis.	Antonio Orio. Manuel Riesco. Enrique Viñe. Eliseo Gándara. Augusto Gándara. Gerardo Castell. Juan Pié. Enrique Viñe. Antonio Orio. Ramon Graña. Félix Oradiski. Manuel Riesco. Gabriel Orozco. Eugenio Lucas. José Cadenas. José Castelani.
Aritmética, Geometría y sistema métrico. y Tablas.	Enrique Viñe. Ramon Graña. Manuel Riesco. Antonio Orio. Augusto Gándara. Cárlos Zárate. Luis Beltran. Eduardo Alameda. Andrés Torrente.
Geografía universal y de España; Historia Sagrada y de España; Catecismo y Oraciones.	

Por lo no firmado, el Secretario de la Redaccion,
VICENTE REGULEZ Y BRAVO.

DIRECTOR Y EDITOR, D. César de Egulaz y Bengoechea.

MADRID:—1867.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LOS HIJOS DE VAZQUEZ,
calle de San Bernardo, núm. 17.